

Armando Donoso

## Carlos Pezoa Velis

**V**AN a cumplirse veinte años de la muerte de Carlos Pezoa Velis. El tiempo que nos separa de esa fecha, el tiempo que suele ser la mejor criba depuradora para lo que haya de legar la obra de un escritor al futuro, no ha hecho sino acrecentar el interés popular en torno a esta figura doliente, tan humana, en la que todo un período de la poesía chilena parece despedirse de una modalidad y una época literarias características.

Dos ediciones de sus versos, la primera recopilada por Ernesto Montenegro con el título de «Alma chilena», y la segunda, «Campanas de Oro», nombre que siempre acarició para su primer libro el poeta, hecha en París por Leonardo Peña, han contribuido a difundir la obra de este lírico que cuenta entre lo más representativo que produjo un período, hoy algo anacrónico para los gustos del momento.

A la desaparición de la vanguardia romántica, el último de cuyos cantores fué don Eduardo de la Barra, le sucede esa generación que se inicia después que Rubén Darío parte de Chile, de regreso a su Nicaragua natal, para trasladarse luego a Buenos Aires. Son los años de los últimos lustros del siglo pasado, cuando se publican «Prosas profanas» y «Los raros»; «Las montañas del oro» y algunos versos de Pedro Antonio González. Se inicia para América el período naturalista: la poesía y la novela comienzan a interesarse por las cosas de la tierra;

Dublé Urrutia es el primero en mirar hacia el campo y la montaña, dando la visión de la vida rural, del indio lanzado de su ruca, de las minas, del mar que bendice San Pedro. Es un momento sintomático en la evolución de una literatura, porque significa el olvido del cosmopolitismo romántico y el nacimiento del gusto por lo autóctono, que pronto va a tener sus novelistas y hasta el indispensable sociólogo, capaz de sistematizar en un libro los fundamentos de la chilenidad.

Pezoa Velis comienza como todos los jóvenes, recorre los mismos senderos trillados de *l'usatta poesia*, que se concibe de memoria, entonando un himno a Dreyfus o componiendo una oda al hijo del pueblo para un modesto centro obrero. En los años iniciales del nuevo siglo define un sentido interesante con sus primeros versos, que ha de convertirse en una expresión original en los poemitas escritos durante los últimos años de su corta existencia. No es un lírico de estilo fácil, de forma elegante, muy siglo dieciocho: su vocabulario es pobre, rudo, forjado a martillazos; su imaginación, de corto vuelo, encontraría su mejor símil en esas aves del campo chileno, de carne sustanciosa y pluma vulgar.

Naturaleza algo plebeya, solicitada por el aspecto sensual de las cosas, se identifica con la emoción puramente material que le brinda el momento: la hembra más que el amor; la sensación del paisaje antes que la inquietud de la sensibilidad; el objeto antepuesto al sujeto; la anécdota largamente gustada, según el cartabón de las aficiones populares; todo lo que pasa ante la cámara de la pupila, mientras el espíritu yace mudo. La cultura incipiente (D'Halmar advertía: «pocas veces había tenido yo ocasión de tratar un literato con menos letras») y la sensibilidad rudimentariamente cultivada, le pierden en la banalidad de lo descriptivo y sólo una que otra vez, así *Tarde en el hospital*, alguna nota íntima revela al lírico, al lírico puro.

Pero, fuese cual fuere la concepción que este poeta tuvo de la naturaleza y del arte, su obra quedará indicando un momento de la evolución en la literatura chilena, como la de Pedro Antonio González señala una etapa casi paralela. Es el precursor

de otros valores más depurados y cosmopolitas, así Gabriela Mistral y Magallanes Moure, que acaso no llegaron tan pronto a ser del gusto popular, como ya lo es Pezoa Velis con la simple música de sus versos.

En este lírico se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda, nacida al margen de su existencia bohemia, crucificada, antes de los treinta años, por un infortunio que sólo logró mitigar la muerte. Sus amigos, que se encargaron de escribir su biografía, contribuyeron a dejar un margen para todas las suposiciones con las dudas prodigadas respecto de su nacimiento y de su hogar. Poseedores de sus papeles íntimos, que no desconoció Ernesto Montenegro, biógrafo generoso y compilador de sus versos, hemos intentado completar el estudio de esta personalidad, algunos de cuyos aspectos resultan tanto más interesantes con la lectura de sus Memorias, que son como el prontuario de los sentimientos en la formación del carácter en un poeta de veinte años.

Pezoa Velis, poeta representativo de un momento, vivirá en las letras chilenas junto a Blest Gana, Soffía, de la Barra y Pedro Antonio González, cuyos nombres constituyen el aspecto por ahora más significativo en la pobre tradición en nuestra incipiente historia literaria.

#### LA HISTORIA DEL HIJO ADOPTIVO

Antes aún de su muerte y un lustro después, en forma ostensible con la publicación de las primeras biografías, comenzó a hilvanarse la historia que le hace aparecer como el hijo de la casualidad, como al propio don nadie, que ni siquiera pudo ser fruto de un apasionado amor ocasional, porque sus padres acaso no sintieron nunca otro impulso que el del instinto eventual, que se resuelve en la ocasión furtiva de la aventura sin responsabilidad.

En 1912 reunió en volumen sus poesías Ernesto Montenegro, edición excelente y escrupulosa, y, tanto en el prólogo biográfico



que él escribió, como en la página epilogal suscrita por D'Halmar, se hablaba, sin asomo de dudas, sobre el origen más que humilde, equívoco, de su nacimiento. «Su madre parece haber sido por aquel tiempo, dice el primero, una joven del servicio doméstico, criada o costurera. Su padre era un inmigrante español». Los dueños de casa, donde su madre trabajaba, uno de esos matrimonios estériles, concluyen por adoptarlo como hijo.

A su vez, recuerda D'Halmar, que un día se encontró con Pezoa Velis al pie de los nichos del Cementerio Católico, en que yacen los restos de sus padres: «El me habló por primera y última vez de ese fulano Pezoa y esa viejita Velis, que sin ser sus padres le habían prohijado y a los cuales él no había sabido sino hacer sufrir con sus arranques incomprensibles». Antes observaba el propio D'Halmar que, «vagamente se le había oído hablar de un padre y una madre».

Hasta aquí las razones que abonan la historia de los orígenes bien humildes de Pezoa Velis, que habían contribuido a formar ese carácter enigmático, frecuentemente amargado, huraño, transhumante, y a cuya difusión contribuyeron no poco las infundadas sospechas de sus contemporáneos, que no conocieron su hogar, y la queja sostenida del poeta, que siempre dió pábulo a las sospechas murmuradoras. Sin embargo, la publicación de esas reminiscencias provocaron las necesarias rectificaciones, que debemos tomar como punto de partida para rehacer la historia de la vida del poeta, por lo demás tan simple, tan sumaria y de tan escaso interés literario. Samuel Lillo fué el primero en puntualizar los datos ciertos de su biografía, asegurando que sus padres habían sido el comerciante don José María Pezoa y doña Emerenciana Velis, «personas de modesta pero holgada condición social»; noticias que sancionó públicamente, con su corroboración, Efraín Jaña Velis, primo hermano del poeta, al mismo tiempo que protestaba contra cuantos le hacían «aparecer como producto de la multitud, como un hongo silvestre, a un muchacho con hogar propio, con familia determinada, no incierta, con padres de situación tan modesta como se quiera, pero en todo caso honorable, con relativos medios económicos para darle la educación que real-



mente le dieran en conocidos colegios de Santiago, y le permitieron hacer los primeros años de su juventud protegido por el cariño entrañable, por la adoración que su señora madre como a único hijo le tenía.

Hemos verificado con el señor Jaña Velis cuantos datos se referían a la vida de su pariente. Tal vez los hubiésemos acogido con cuidadosa fe inventarial, porque no siempre emanan de la familia las noticias auténticas en cuanto se trata de los vínculos domésticos, si no fuera porque documentos insospechables parecen concurrir en la comprobación de la verdad en cuanto nos ha sido dable conocer. En efecto, quiso nuestra curiosidad y acaso la buena fortuna del poeta, que el propio autor de la primera edición de sus versos nos hiciera depositario de sus Memorias, y que una feliz casualidad trajera hasta nuestro poder otros papeles inéditos, poemas, apuntes novelescos, recortes de periódicos, notas, bosquejos de posibles obras, que ahora se aprovechan para la edición definitiva de cuanto escribió.

Procuraremos conocer, valiéndonos del testimonio de sus recuerdos, escritos en 1899, cuando Pezoa Velis contaba veinte años de edad, la verdad de su nacimiento y su hogar. Ante todo, hay una situación de hecho en lo que toca al testimonio de su primo don Efraín Jaña Velis: puede hablar éste con perfecta autoridad sobre el poeta, porque no en vano unió a ambos algo más que la simple relación que establece un parentesco. Pezoa Velis se refiere constantemente a su primo, camarada de sus juegos y de sus simpatías, ni más ni menos que si fuera un hermano; frecuenta su casa, que es la de la hermana de su madre; la recuerda a cada instante: «anoche dormí, escribe el Sábado 18 de Noviembre, con mi primito Efraín, que con cariño infantil suele acompañar mis horas de sueño».

En sus Memorias se refiere constantemente a su madre y siempre con esa familiaridad que parece autorizar la ascendencia legítima; con esa confianza que, en un joven de veinte años, no impone reservas. Otra hubiera sido la actitud de Pezoa Velis para con la madre adoptiva y otra también la de una madre que no fuera la propia, la de la sangre misma, con el hijo ocasio-

nal. Un día cualquiera advierte en su Diario: «¡Ah! Esta mamá que tengo! Mientras escribo silencioso, ha arrojado una cafetera que preparaba para mí. No le para la boca. ¡Tanto ¡...! En menos de un cuarto de hora, creo que ha hablado como cuatro mil palabras. ¡Y qué lenguaje! ¡Por fin ha callado!» Tal vez no es el más prudente y amante de los hijos, pero a veces su emoción se deshace en rendida ternura para hablar de su madre, según ocurre en aquellos versos de *Cansancio del camino*: «Tú no viviste para ti. Eras buena—como tu amor por mí; y eres tan santa—como mi amor, como esta inmensa pena—que de esta mala vida me levanta».

De la condición muy modesta del hogar dan sobradas pruebas las repetidas anotaciones del poeta: «Mi madre se queja, dice, de su trabajo de cocina. Yo veré modo de aliviarlo buscando una sirvienta». Poco más tarde consigna lo siguiente: «En estos días han caído dos malas nuevas sobre mí: la de que mi mamá riñe a mi padre porque bebe. La de que han impuesto una patente de ciento treinta y dos pesos a su negocio de licores, lo cual equivale a clausurarlo». Un buen día piensa decididamente dejar la literatura y ganar mucho dinero, porque su madre «al menos así tendría de todo: sería feliz con mi mamá, la que se arrastraría a mis pies si yo le diera algo».

Que era ese un hogar venido a menos en sus anteriores hábitos de holgura parece cosa indudable, porque un día escribe en su Diario, al notar que su amada Lorenza lleva los zapatos con las suelas rotas: «Conozco que sus medios de fortuna son suficientes para no colocarla nunca en esas circunstancias. Pero hay algo que lo creo un resto del orgullo que inculcaron mis padres a mí cuando chico y que me impide desprenderme de esas tonterías mundanas».

Tal vez la condición dura y sacrificada en que se esclaviza ha descompuesto el carácter de la buena mujer, haciendo agrio y exasperado el lenguaje que le prodiga al hijo tempranamente errabundo y violento: «He discutido con mi mamá mucho, escribe en su Diario. Me ha insultado con el lenguaje grosero de siempre». Un día, mientras él va a leerle a un amigo su cua-



derno de Memorias, ella exclama con duro reproche: «Ya le *vai* a señalar eso a otro?» Es el propio poeta quien se ha encargado de subrayar los dos vocablos. En otra ocasión, le cuenta a su hermana: «Este baboso, además de gastar toda la plata, mortifica comiendo en otra parte; para escribir porquerías no más sirve». Y, agrega Pezoa, «¡se refería ella a mis Memorias!».

Bien modesta y sacrificada debió ser la condición de esa madre, en cuyos sentimientos parecía tener escasa influencia una educación acaso asaz rudimentaria. Enemiga de los libros, se desespera porque el hijo pierde el tiempo en la lectura o borroneando carillas: «En la tarde he tenido una pelea terrible con mi madre por cuestiones de libros que Isolina me roba. Me dió un palo que me dejó hinchado el brazo».

A su padre se refiere, incidentalmente, una que otra vez, en sus cuadernos de recuerdos, con absoluta indiferencia. Un día se conversa en el comedor; su padre habla del próximo y temido cataclismo que debe provocar la aparición del cometa Biela: «Mi padre salió con esta: ¿qué habrá mandado algún recado Dios, que saben tanto esos sabios? Me amostazó un poco esa estupidez, pero ¡qué diablos! él no recibió de sus padres los beneficios que he recibido yo. Después le hice una bien acholadora observación, que le redujo, por buen rato, al silencio». Sin embargo, años más tarde, con rendida ternura, le escribe a su amigo Ignacio Herrera: «Vaya donde mi viejo, en horas determinadas de la semana, día por medio, y me le enseña las primeras letras». Algún tiempo después, en carta sin fecha, simple carta literaria, le refiere a su hermano Gabriel la trágica muerte de su padre: «Nuestro padre, (¡el mismo que vimos desde siempre cuando éramos niños!) ha sido atropellado por un carrito eléctrico. Fué a las cuatro del último día veinte; a las doce de la noche moría. ¿Comprendes, hermano mío? ¡Morial ¿Sabes qué significa esto? Yo no me lo explico. Algo sí entreveo de que sus ojos buenos (¡inmensamente buenos!) ya no tendrán para nosotros aquellas miradas de amor que tenía en



las tardes tranquilas que jugábamos en el gran patio del viejo hogar».

No parecía reinar del todo la paz en el hogar debido al carácter agrio y explosivo de la madre y de la indiferencia y abandono del padre, buen nocherniego y mejor catador de vinos. El hijo piensa abandonar el techo paterno. Un día, a la hora del almuerzo, escribe: «Están muy en la buena con mi papá; mala seña: cuando ellos están bien, desquita o desahoga mi madre, sus instintos con mi humilde pellejo».

Pezoa Velis juzga y trata a sus padres con demasiada intimidad, haciéndonos creer fundadamente que este era su hogar propio, por directos vínculos de la sangre, y no el adoptivo que le conceden sus biógrafos. El más elemental deber de gratitud le hubiese obligado a observar otra conducta y a moderar su juicio en caso de tratarse de padres a quienes se considerara atado por los simples vínculos de una obligación moral. Sólo un hijo que se sabe de toda legitimidad se siente con esa confianza que autoriza la censura a veces severa y triste, como cuando escribe en sus Memorias: «Escucho a mi madre regañando a mi papá porque *toma*, según dice». Sin embargo, no faltará quién arguya que podría ser prueba de lo contrario esa helada falta de amor, de ternura, con que se expresa de su madre, cosa que podría ser exacta a no mediar los restantes testimonios de afecto filial que encontramos en tantas de sus estrofas y aún en las frecuentes anotaciones de su Diario. A menudo exclama pensando en ella: ¡qué buena!...

Por lo demás, es preciso no olvidar que, en la carta ya citada a su hermano Gabriel, cuando le refiere la muerte de su padre, le dice: «Hermano mío. ¡Quién me diera tenerte en mis brazos para estrechar lo único que queda de mi carne y de mi sangre! Quién pudiera mirar tus ojos grandes que son los de mi madre! Tus ojos tan tristes que en nuestras charlas de mesa se hundían en las dulces pupilas del viejo querido. ¡Ah, hermano mío! Yo mismo lo vi muerto. El cadáver sobre una plancha de mármol. Al lado las piernas cortadas, absolutamente

separadas del cuerpo, como objetos ajenos a él». Murió exclamando: «¡Mis hijos, Dios mío! ¿Por qué no los llaman?»

¿Aún podrán pensar los biógrafos de Pezoa Velis que era ese un simple padre adoptivo?...

### AÑOS DE MOCEDAD

Ni por su origen arranca del pueblo Pezoa Velis, ni parece haber sido el hijo de esa casualidad que han pretendido confirmar algunos de sus amigos. Pertenecía a una familia acomodada, a uno de esos hogares de la clase media, en los cuales la tragedia de la pobreza se disimulaba con apariencias de holgura. Su padre, modesto comerciante de Buin, no logró ser afortunado: ganaba lo indispensable, en su negocio de licores, para el mantenimiento de su hogar y sus expansiones burguesas de buen bebedor y de incorregible aficionado a la gula. En la casa la madre tuvo que sobrellevar siempre el peso de las obligaciones, compartiendo los deberes que le imponían los cuidados del hijo con las necesidades domésticas. Cuando el unigénito comienza a ganar algún dinero pensamos que podrá destinarlo para aliviar las privaciones de los suyos. Sin embargo, advierte en su Diario, que el primer sueldo no le alcanzó siquiera para sus pequeñas necesidades y eso que tiene casa y comida gratis en su hogar. Ya hemos leído como en sus buenos propósitos de hijo sumiso, cuando su madre no le reñía, pensaba poder aligerar las tareas de la servidumbre que ella tenía a su cargo, buscando alguna criada para la cocina y los demás menesteres del hogar.

Era la suya una familia pobre, de escasos recursos, pero de condición decente y en ningún caso del pueblo, cosa que por lo demás no debería preocupar a propios ni extraños si no fuese porque una controversia pública ha ventilado punto de tan escasa importancia para la vida de un poeta. El testimonio inmediato de una hermana de su madre y de su primo Efraín, basta para corroborar el fundamento de este aserto que ya hemos



hecho valer con otros antecedentes, y que verificaba Samuel Lillo cuando, hace algunos años, decía que sus padres «eran personas de modesta pero holgada condición social».

Nacido el 21 de Julio de 1879 en Santiago, («Según me han dicho, escribe en sus Memorias de 4 de Noviembre de 1899, yo nací el 21 de Julio de 1879. De manera que debo tener, si no me equivoco, 20 años, 3 meses, 14 días. Hoy es el día de mi santo; es decir, San Carlos Borromeo, obispo y confesor, según reza el almanaque») permaneció durante toda su niñez en la metrópoli, con las solas ocasionales salidas impuestas por alguna excursión de recreo de su familia. De sus primeras letras y de sus estudios secundarios, apenas si queda el vago recuerdo en el Colegio de San Agustín de un muchachuelo de tantos, mediano, algo enfermizo, de aspecto enteco y apocado. Enrique Oportus, amigo de Pedro Antonio González, de Marcial Cabrera Guerra y de cuantos por aquellos años andaban enredados en cosas de letras, fué uno de sus maestros, de quien aprendió el gusto por los libros. «Le vimos estudiar embrutecedoramente, recuerda D'Halmar, y rendir en un año los tres que le saltaban para un bachillerato dejado de mano quién sabe desde cuando, seguramente por las necesidades de la lucha diaria». ¡Generosa e indulgente fantasía cordial! Con un serio esfuerzo pudo finiquitar esos estudios de las humanidades completando privadamente los exámenes que no alcanzó a terminar por la vía ordinaria de los cursos regulares de un colegio. Hubo una época en que el afán de completar sus humanidades le movió a sumergirse en los libros, logrando rendir satisfactoriamente diez exámenes entre los meses de Diciembre y Marzo. ¿Acaso todos los de su generación no contaron con análogos o menores recursos que los suyos, lo cual no fué obstáculo para que alcanzaran una carrera? Atribuyámosle a su espíritu bohemio y a su voluntad tornadiza la parte más directa de esa negligencia, que iba a pagar con tantos sinsabores y privaciones. En efecto, para justificar el fracaso de sus estudios y cumplir con sus deberes civiles, ingresó el año noventa y ocho, época de alarma, cuando se creía inevitable una guerra con la



Argentina, al cuartel del tercero de línea, en carácter de guardia nacional, es decir, con rango superior al del soldado, que le permitía un rápido ascenso al grado de oficial. En cierta ocasión, al cruzar la calle de Recoleta, en un cortejo que se dirigía al Cementerio, recordaba: «La calle Recoleta, sus jardines, el cuartel del tercero, mi estadía en él de subteniente de Guardias Nacionales». En su cuaderno inédito *Vida Militar* revive esta época de su vida, y en algunos de sus poemas, *La pena de azotes*, evoca ciertas impresiones de ese entonces: el desertor a quien se castiga bárbaramente ante el batallón formado, o en presencia de «una estatua llena de galones». También puede leerse en *Memorias* que, el día 4 de Noviembre de 1898, «venía llegando al Nuevo Manicomio, con el batallón número 3 de Infantería de vuelta de una penosa expedición a las Viscachas que con otros cuerpos se efectuó, con el objeto de contener en su avance sobre Santiago al ejército del Oriente».

Cuando abandona el cuartel piensa decididamente ganarse la vida para acudir en ayuda de los suyos. Su hogar, la casita que habitan en la calle Mensía de los Nidos, va de mal en peor: más que nunca cargada de obligaciones su madre; antes solicitado por la calle y la vida ligera que por los deberes su padre, afronta la obligación urgente de trabajar, de aprender a trabajar para los suyos y para el futuro nido que comienza a acariciar en sueños. Por las noches frecuenta los cursos de francés y contabilidad en el Instituto Comercial; sienta plaza de aprendiz de zapatero; con las primeras luces del día va al Mercado a *calar* sandías, pequeño puesto que le permite ganar algunos centavos; obtiene un puestecillo de escribiente en un cuartel y rueda y rueda sin clavar el ancla de su destino en tierra firme. Es para él esta la hora del primer amor romántico, el momento de la novia que nos hace señas desde la orilla del camino: todas las páginas de su Diario juvenil las llena la presencia de Lorenza, hermana de un buen amigo suyo, que aparece en su destino en los momentos en que ha conseguido una ayudantía en el colegio de San Fidel. ¡Inolvidable época del primer amor formal y de la primera obligación del hombre que siente el peso

de la responsabilidad! «Bañados por una luna espléndida, escribe uno de esos días, me siento solo con Lorenza, conversando de lo que nunca cansa a los enamorados: de nosotros mismos». Vive cerca del Colegio de las Monjas del Corazón de María, y ese ambiente apacible le es grato a su modesto pasar: «Mi colegio, dice, está en frente del convento Belén. Tiene una huerta que en conjunto con su edificio grave y solemne y con sus torres blancas, las encuentro muy poéticas». En sus versos incipientes de entonces estampa su sensación del mismo espectáculo: «He mirado el convento que, orgulloso,— señala aquel torreón,—donde vienen las tímidas palomas a recibir el sol»... En la página inicial de sus recuerdos, advertía: «He principiado mi diario a las ocho y media A. M.; mientras mis alumnos estudian una lección de Catecismo. Por esto se comprenderá que ocupó la ayudantía de una escuela. Es esta la de San Fidel. Se halla situada en la calle Diez de Julio, entre Gálvez y San Diego; más seguridad de encontrarla tendría quien supiese que por la puerta de este colegio pasa la única acequia atravesada de esta cuadra».

Distaba mucho de cumplir seriamente con sus obligaciones en la enseñanza y en la inspectoría del colegio: es duro y torvo con los niños y, frecuentemente, llega a arrepentirse de tratarlos mal y hasta de golpearlos. Un día se duele y exclama, después de haberles infringido un castigo demasiado severo a los pequeñuelos: «¡Qué acción tan repugnante!» Pero, a pesar de sus buenos propósitos, su carácter irascible, su humor tornadizo, le arrebatan con exasperaciones bien poco propias de un educador. Y es así como, cuando menos lo espera, a pesar de que cree tener en el Director del colegio a un buen amigo que le apoya ante las monjas, pierde su empleo. Se le dice que han sabido que profesa ideas poco ortodoxas y que su vida y el cumplimiento de sus deberes no son los más edificantes. No podía sorprender este obligado fin en su cargo de inspector o ayudante en un colegio de religiosos. No eran los más edificantes sus versos publicados a la sazón en «El Clarín» o «La Nueva República». ¡Ah, los deliciosos diecinueve años de un poeta, que se cree en



su hora de redentor y de visionario! Escribe sobre todo; todo lo niega y todo lo demuele. En alguno de sus sonetos, que titula *Libertaria*, con esa ingenuidad de enfermizo romanticismo juvenil, exclama: «Yo pienso en la dulzura de una vida—sin Dios, ni leyes, ni amistad, ni amor»... ¿Qué son para él Dios, la ley y la amistad, sino invento de los idiotas, látigo de la opresión y una palabra utópica? ¿Qué impresión podían hacerle tales conceptos a la Superiora del Colegio?

Tras la pasajera insignificante libertad que le permitía ante los suyos el pequeño sueldo que ganaba, vuelven los días negros, amargos, de la cesantía; de la miseria con todo su cortejo de necesidades. Con él comparte su amigo de siempre, Ignacio Herrera, su cuarto de pensión y los escasos recursos de que dispone: sus almuerzos consisten en sendas tazas de té o de café o en algunos pedazos de carne cruda con sal, que acompañan con trozos de pan. ¡Bohemia, bohemia, hecha de privaciones pero adobada de literatura! Ahora su pobreza raya en la franciscana miseria y, como si esto fuese poco, Lorenza, su posible novia, cesa de ser para él una ilusión, porque la pierde para siempre. «¡Ah buitre salvaje! ¡Ah, destino!», exclama en ese momento echando a rodar su última esperanza. Vaga por las fondas de la Alameda en la noche de Navidad; bebe, bebe brutalmente, «hasta quedar completamente borracho». Entonces, más que nunca, su sensualidad se exaspera y sus ideas se abaten. Cuando se encuentra con un antiguo amigo anarquista, recuerda con horror los «tiempos en que alternaba con esa canalla».

Entretanto, pasan los meses, se deshilvanan los días de comienzos del nuevo siglo, y su desorientación es la misma. ¿Qué puede hacer, sin dinero, sin esperanzas, sin un amor? En los brazos acogedores de cierta amiga complaciente se olvida un poco de sí mismo, pero es para despertar al otro día como el náufrago que busca un leño: «¡Dios mío! Favoréceme!, escribe el 2 de Agosto de 1901. Condúceme a la felicidad, dándome valor y fuerza para ser virtuoso, para llegar al fin de mis estudios... ¡Dios mío! Favoréceme». ¿Buenos propósitos? Ocho días más tarde cierra su Diario juvenil recordando que ha estado en un



lenocinio y que ha perdido al mejor de sus amigos y definitivamente la esperanza de su amor, de Lorenza.

He ahí la primera etapa del adolescente: ahora tiene la vida libre frente a él; ya no es un colegial ni un niño desamparado. Es el momento en que el hombre comienza formalmente la vida literaria y se independiza del hogar. De tarde en tarde reincide en su propósito de estudiar, pero ¿qué energía disociadora sojuzga su voluntad? ¿Quién le impide ser dueño de su destino? ¡Ah, el mismo lo ha dicho:

Su mal es el mismo de los vagabundos;  
fatiga, neurosis, anemia moral...

#### LA VIDA, SUS PENAS...

El primer lustro del nuevo siglo es de renacimiento y de esperanza para la literatura chilena: se inicia bajo excelentes auspicios con los comienzos de modernización de la prensa, la fundación de nuevas revistas y una entusiasta actividad intelectual que tiene su centro en el Ateneo. Es la época en que aparecen *El Mercurio* santiaguino, *Luz y Sombra* y *Pluma y Lápiz*, a los que van a seguir poco más tarde *Chile Ilustrado*, *Panthesis*, *Zig-Zag*. El joven Pezoa Velis frecuenta las redacciones de estos periódicos y conoce a Augusto Thomson, a Isaías Gamboa, a Samuel Lillo, a Guillermo Labarca, a Manuel Magallanes Moure y a Víctor Domingo Silva. Olvida, así los veniales pecadillos de juventud que es necesario ocultar, sus versos incipientes de *El Clarín*. Ahora, en menos de un lustro, *El perro vagabundo*, *Nada*, *El Pintor Pereza*, *Pancho* y *Tomás* han revelado en un corto período y en la totalidad de su talento, a un poeta singular, el más humano y el más doliente.

Pero, recordemos un instante, abriendo un paréntesis explicativo de esta vida, lo que tal hora nueva representó para la naciente literatura: ya advertíamos que estos años iniciales del nuevo siglo llegan cargados de promesas, no saltando cuantos alcancen a pensar que las decantadas civilizaciones europeas

han hecho crisis y prometen renovarse en las tierras novomundanas. Es una ilusión peregrina, pero también las ilusiones suelen tener su eficacia en los destinos de la cultura. La intelectualidad chilena del noveciento aparece mordida, envenenada ha sostenido alguien, de curiosidad cosmopolita. Ya ha triunfado, haciendo tabla rasa de los viejos valores, en todos los países de lengua española, ese movimiento esencialmente moderno, que tuvo su apogeo con el simbolismo y encontró en América su expresión más pura en Rubén Darío. En Santiago la actividad espiritual de las generaciones nuevas denuncia una inquietud interesante y, tanto las revistas como la tribuna del Ateneo, dan la medida de un renacimiento eficaz. Marcial Cabrera Guerra ha sido el animador de esa primera etapa germinal, contribuyendo con su revista *Pluma y Lápiz* a la renovación precursora del Chile nuevo. La segunda época, inmediatamente anterior y sucedánea del novecientos cinco, encuentra el ambiente propicio para una literatura más humana, menos ficticia, más animada de finalidad social. Y, aunque no encarna todas las tendencias, ni satisface todas las aspiraciones, tiene su dictador ese momento, el necesario árbitro: Augusto Thomson. Lo acatan los de su generación, mientras los más nuevos lo siguen y lo imitan. Sus comienzos son la historia de sus lecturas: primero el indispensable Zola de «Nana», cuando publica su novela «Juana Lucero», página vigorosa, que bien pronto repudiará sin lograr que se la olvide; luego el inocente Daudet de «Petit Chose», y el doméstico Maupassant, que le mueven a escribir una serie de cuentos tan finos como *Coilipo* o tan patéticos como *En provincia*, *Después del teatro*; por fin, Loti, el Loti de «Mi hermano Ives», que despierta el espíritu errabundo e inquieto del almirante fantasma, y que contribuye a descubrir al definitivo D'Halmar, al que se pertenece a sí mismo, el D'Halmar que comparte este nombre por vez primera con el novelista Santiván al pie de una página enigmática. Junto con encontrar el ascendiente del abuelo escandinavo a bordo de un velero romántico ¡oh anticipada sugestión de las remotas latitudes, cuando aún se leía escasamente a Rimbaud! D'Halmar



revela al novelista, lleno de sugerencias extrañas, de *La Lámpara en el molino*. Las sombras de Andersen y de Ibsen, que influyeron en *A rodar tierras* y en *Al caer la tarde*, se han quedado olvidadas en su camino, como las voces que oyó Peer Gynt en el regreso.

D'Halmar logra ejercer una innegable dictadura, no exenta de tiranía, sobre la nueva generación literaria del novecientos cinco: cuando él teatraliza, más que lee, con su voz de buen actor, su monólogo *Nuestra Sombra*, en la tribuna del Ateneo, esa página que recuerda al d'Annunzio de «L'Inocente», encuentra imitadores que le siguen al momento. Ahí está el volumen «Las veladas del Ateneo», como un testimonio claro de tal dictadura, que desvía un instante de su camino a Rafael Maluenda para escribir *Animae Facies*; y ahí está el recuerdo peregrino de esa deliciosa colonia tolstoyana que, a imitación de la de Creteil presidida por Jules Romains y Jorge Duhamel, se realizó bajo la influencia suya. ¿Cómo olvidar a ese grupo de poetas, pintores y novelistas, que iban a pretender vivir en un retiro casi selvático, al amor de la naturaleza, bajo el influjo y la persuasión de D'Halmar que, por los atardeceres, con una biblia en la mano, bendecía la tierra y el cielo, mientras ellos araban el campo? ¡Inefable tolstoísmo, que llegó a aventajar en su puridad al del propio padre de Yasnaia Poliana!

No es indiferente a cuanto se piensa y se siente en tal momento el autor de *Dancho y Tomás*, que acude desde su rincón de Viña del Mar para leer en el Ateneo santiaguino ese poemita. D'Halmar le aguarda en la estación y D'Halmar comparte el triunfo clamoroso de esa velada memorable.

Esta es ya la hora meridiana de la fortuna en su corta existencia; sin embargo, recordemos los años anteriores, los tres o cuatro que les han precedido. He aquí el momento de iniciación formal en la vida intelectual y el de sus mayores apremios económicos: proyecta irse a trabajar a la Isla de Juan Fernández; gestiona la posibilidad de partir al Ecuador, donde cree poder ganar dinero fácilmente, llegando a publicar la revista *Instantáneas* su retrato con una gacetilla muy elogiosa, en que se anunciaba

su ausencia próxima, pero sólo tiene que contentarse con un viaje a la pampa salitrera, desprovisto para él de toda ulterior finalidad pecuniaria. Por lo demás ese era, cualquiera que fuese, el viaje natural, necesario, indispensable para su inquietud de soñador; el viaje que se realiza a cualquier parte, de manera algo furtiva, porque supone la invitación hacia lo desconocido, la aventura en el país que no se sospecha y que se adivina. Debió alcanzar más lejos, hasta Guayaquil, pero no obtuvo las posibilidades prometidas, ni su familia estaba en situación de realizar un desembolso que no era insignificante. Él necesita salir de Santiago, ir a cualquier parte, para aliviar sus inquietudes: se documenta sobre Juan Fernández, estudiando su flora y su fauna en los pacientes libros de Yohow; piensa enriquecerse cazando lobos de mar, que se pagan a veinte pesos cada uno; luego cambia de opinión: «conseguiré irme gratis hasta Colombia, le escribe a Ignacio Herrera, para tomar parte en la revolución liberal que recién se inicia en aquel país».

Sólo dejó, de su efectiva excursión a la región chilena del norte, uno que otro testimonio interesante: artículos como *El Taita de la oficina*, en el cual retrata a uno de esos tipos inolvidables del pueblo, envejecidos en las salitreras; numerosos bosquejos de crónicas y de extensos poemas como *La huelga*, cuyos borradores llenan muchas cuartillas y todas las hojas de un cuaderno, apuntes fragmentarios, imprecisos, que nunca recibieron la forma del poema; y el poemita *De vuelta a la Pampa*, en el cual identifica la vida asarozca del desierto con ese aventurero Pedro Ureta, el gañán esforzado, perdido durante cinco años bajo el sol, con el pico de acero en la mano, aguardando el día en que sus ahorrillos le permitan volver al Sur, donde acaso le aguarda la felicidad: «Allí donde la alegría—del trabajo nunca muere.—él comprará su alquería;—en pos vendrá la que un día—será suya, si Dios quiere».

Entre los papeles inéditos del poeta, hemos encontrado algunas de sus impresiones de la Pampa, escritas a vuela pluma, en borradores apretados de tachaduras y aclaraciones: algún artículo amargo sobre *Los argentinos en la Pampa*; unas notas



tituladas *A la vista de Caracoles* y *De Chuquicamata a Calama* y muchos y muchos fragmentos con anotaciones curiosas, expresivas a veces como la siguiente: «Es una historia breve pero triste. Vino en la cubierta de un vapor caletero, encontró trabajo en la pampa, disgustóse con un compañero, recibió una cuchillada y se acabó... Nadie se acordó más de su nombre, después de los comentarios hechos al día siguiente del asesinato. Suelen verse años más tarde, avisos conmovedores en las últimas páginas de los diarios obreros: María Reinoso desea saber el paradero de su hijo José, que hace seis años no escribe a la familia... Dirigirse a... Pobrecita María Reinoso! No esperes, no, que el hijo José escriba jamás a la familia. No lo hará seguramente. Si quieres saber su paradero, pregunta a los viejos de la pampa. Ellos te dirán que duerme bien tranquilo en el cementerio de la Oficina X».

No fué grata ni optimista su visión de las tierras del norte: hay en ella amargura, tristeza profunda, dolor, dolor. En los apuntes sobre Taltal, leemos: «Rostros enharinados, caricaturas humanas, payasos ambulantes, con las babas caídas. Todo un semestre de sudor sobre la pampa arrojado a la voracidad de la prostitución en una noche. Rostros de repugnante animalidad. Salteos en Refresco. En la noche del 5: salteo con intento de violación. Después del tren un balazo. Tres presos al día siguiente».

Fué corta su permanencia en las regiones pampinas; a pesar de haber ido con ciertas obligaciones periodísticas, bien poco se ocupó en escribir sus impresiones de simple viajero curioso: «Le vimos aventurarse en esa pampa salitrera, escribe D'Halmar, que parecía ser su escenario, y recorrerla ávidamente vendiendo suscripciones, libros o conferencias, como un buhonero del pensamiento, delante del esfuerzo del calichero contra el suelo y el sol, antes aprendiendo a vencerse que a vencer». Varios periódicos santiaguinos le habían encargado contratar suscripciones, tarea que solía ser muy productiva consagrándole una actividad constante: reunió algún dinero en su visita a las oficinas salitreras, con no pocos sinsabores, que en su mayor

parte consumió en las obligaciones del viaje. Sólo una necesidad imperiosa hubiera podido obligarle a trabajar para ganarse algunos cuartos; mas, esta vez, no le había faltado el mecenas que acudiera en su ayuda: «Don Jorge Hörmann, escribe Samuel Lillo, grande amigo de Pezoa, agradecido a los servicios prestados por el poeta en una de las campañas políticas, le facilitó los medios para que llevara a cabo un viaje de distracción que le hiciera olvidar la neurastenia que se había apoderado de él. Estuvo en la pampa salitrera no como comerciante que se gana la vida, sino como un hombre de estudio. Se acercó a los trabajadores, participó de su vida, les dió conferencias, y aún les facilitó libros». En efecto, la política pudo serle provechosa esta vez al poeta, que le consagró a ella sus facilidades oratorias. Afiliado al partido liberal democrático, le vemos secundar o Julio Videla, pronunciar un discurso tan rotundo como vulgar y hasta ser invitado en la comitiva del Ministro Herboso en un viaje a La Serena.

Regresa al sur y, entretanto, sigue rodando para él la vida con la monotonía de siempre; áspera e indócil ante sus ambiciones. Escribe ocasionalmente versos, esos poemitas que rubrica bajo la serie *Vida alegre*, en los momentos en que la neurastenia le aguza los nervios. Obtiene un modesto empleo de reportero en un diario y luego, tras una campaña política, le nombran secretario de la Municipalidad de Viña del Mar. Entonces comienza para él una hora de holgura, de desahogo, de paz, de abundancia. El ánimo tranquilo, los nervios generosos, la miseria conjurada, despiertan en él todas las expansiones contenidas del burgués insatisfecho. Viste cuidadosamente, con una elegancia que, a través de las fotografías de la época, permite transparentar al bohemio que ha trocado la soltura de su corbata y de su cuello por el necesario estiramiento que le impone una forzada elegancia.

No sólo sirve ahora con abandonada displicencia su cargo secretarial en la Municipalidad de Viña del Mar, sino que, para incrementar sus no muy largos haberes, hace clases en el Instituto Inglés: «nada de copas, ni de tisis, escribe en una



carta de esa época; tampoco nada de estudios que no sean de mi literatura o de mi profesión. Actualmente profesor de Castellano, Historia Natural, Geometría y Gimnasia». No olvida además ese periodismo que había ejercitado en el «Poncio Pilatos», redactando ahora «El Matasiete», periodicuelo virulento, apasionado, ingenioso, que encuentra su propicia víctima en un poeta inofensivo. Acaso para su desesperación constante, exacerbada por el ambiente mercantil de Valparaíso, («El medio es infernal, recordaba en una carta de entonces. No hay con quien conversar de arte. ¡Ay de mí si no conversara! Cómo se cohibiera Ud., amigo, si como yo viviera heladamente, glacialmente activo. Es una gran cosa la actividad caliente de Santiago») ese aislamiento fué duro para sus nervios y agobiador para el espíritu. A Ignacio Herrera, amigo de toda su juventud y mocedad, contábale en una carta, que su vida estaba ajustada al horario estricto de un escolar: 8 a 11, clase. 12½ a 1½, clase. 2 a 4, trabajo literario. 4 a 6, paseo—Saludos—Relaciones. 6 a 7½, comida. 7½ a 9, clase. 9½ a 11, correspondencia por orden de fecha. Se encuentra en un momento en el cual se goza con sentirse un poco persona importante, capaz de consagrar una buena hora y media a su correspondencia particular. Es la época más tranquila de su vida: se hace pagar todas sus venganzas literarias enderezando implacables improperios, en prosa y verso, desde las páginas de su fugaz periodicuelo, en el cual publica *Vida de Puerto*, antecedente bien humorado de su próxima *Alma chilena*, escribe crónicas para *El Chileno*, con el que bien pronto va a tener un irreparable disgusto, del que encontramos el eco de unos versos alusivos entre sus papeles póstumos: «Aunque *El Chileno* se afana—en vestirse de mezclilla—se sabe que usa sotana—escapulario y cerquilla...»; acaricia la idea de escribir un *Sermón de la ciudad*, dirigido a los jóvenes que en medio de la urbe populosa, se dejan adormecer por la molicie, mientras el pueblo sufre hambre: «la mentira abunda en vuestros espíritus, exclama, como en la viña el grano de uva dulce... torcidos vuestros criterios como sarmientos resecos»; va a San-

tiago a leer, en el Ateneo, *Pancho y Tomás*, que se publica en el primer volumen de este centro; hace un poco el vividor, buen nocherniego y perfecto enamorado de tantas Margaritas como siempre le sorbieron el seso. Hasta que un día le desgracia, la irreparable desgracia, arruina para siempre su juventud. El terremoto de Agosto de 1906 está a punto de sepultarle vivo: lo aplasta un muro, que le destroza las piernas y le arranca los dientes, a él, que cifraba no poca vanidad en su porte de agraciado adolescente. No es ya el sufrimiento momentáneo lo que le preocupa, sino la catástrofe final, la invalidez definitiva. Una luxación irreparable en la cadera y una fractura en la pierna tienen como resultado la anquilosis, que le va a condenar a arrastrarse como un mendigo o a esconder su miseria física como un mutilado. Es la fatalidad, la desgracia brutal. Ahora, más que nunca, podrá exclamar: «¡ah, buitre salvaje! Ah, destino!»

De las salas heladas de la ambulancia, casi solo, triste hasta la muerte, convertido en un espectro de la miseria física, va a ocultarse un tiempo en un rincón campesino que le brinda un amigo. A veces se ilusiona creyendo posible la mejoría, pero luego se resigna a arrastrar su cuerpo defectuoso con el par de muletas que lo sostienen. Sin embargo, todo esto no es más que el antecedente fatal, la buena preparación que diría Kierkegaard, para la muerte: en efecto, la lesión orgánica ha sido grave y su consecuencia ulterior va a ser una tuberculosis a los intestinos, que le arroja durante sus últimos meses de vida al Hospital Alemán y luego al de San Vicente. Es en vano ya que el bisturí del doctor Navarro le opere una de esas fístulas malignas, que han deshecho su organismo. Apagados, exhaustos, están sus ojos claros y sarmentosas sus manos finas con uñas toscas, que advertía uno de sus amigos.

¿Es que Pezoa Velis era ya un predestinado a la tuberculosis? En su Diario escribía, con fecha del Sábado 16 de Diciembre de 1899: «Estoy bastante enfermo de mis pulmones. Veremos modo de ponerme un poco de yodo». Habla de haber sufrido un ataque que acaso fué una hemorragia. Y, aunque algunos de sus amigos recuerda su obsesión de creerse tuberculoso, pa-



recen fundadas sus continuas sospechas: «Me han vuelto hace dos días, le escribe en 1900 a Ignacio Herrera, esos sudores que tuve dos días el invierno próximo pasado». Y, un año después, agrega: «El resto del tiempo que me dejan esas dos compañías (alude a los recuerdos y a la guitarra) lo ocupó en comer y en averiguar si tengo tisis o no». Por fin recuerda que un día se quedó dormido, despertando con una tos seca, «segundo atracón de la tisis».

Larga, inacabable a través de los días lentos del otoño, fué su agonía. «En la comisura de los labios, (ha recordado Leonardo Pena en el preliminar a la selección de sus poesías que hizo en París, con el título que acarició siempre Pezoa Velis para su libro: *Las Campanas de Oro*) pálidos y afebrados, se marcaban profundamente, como abiertos a cuchillo, tres o cuatro pequeños pliegues, y los ojos habían perdido su expresión dulce y animada de otros tiempos, para tomar un brillo duro y triste. Leíase en su fisonomía no sé qué sello de fatiga, de cansancio, de inquietud, de sordo e inacabable sufrir. No hacía ningún movimiento, pero sus ojos miraban tan desoladamente que parecían querer aferrarse a los seres y a las cosas. Un día dijo: Se me figura que Uds. son tan felices porque pueden contemplar el sol! Yo no lo veré más: el modo con que ustedes me hablan y me miran, me lo dice bien claro».

Una mañana, del Abril de 1908, antes de haber cumplido los veintinueve años de edad; en pleno otoño, precursor de ese invierno que imaginaba en su poema para el largo viaje, se quedó dormido Juan Pereza, descansando para siempre de las fatigas de la vida:

¿Cuándo será el viaje eterno?  
Tal vez en tiempo de invierno  
y en un día triste y gris...

#### ¿PEZOA VELIS, POETA POPULAR?

No era Pezoa Velis ese hombre del pueblo que dieron en afirmar sus biógrafos y sus amigos, acaso para explicar mejor

el fondo decorativo en algunos de sus poemas. El escritor que concibió *Pancho y Tomás* y *Alma chilena*, no hizo otra cosa sino responder al influjo de la moda literaria, cuando estaba muy en boga cierta literatura de tono rústico, de ambiente popular, impuesta por la influencia del naturalismo europeo, de escritores franceses como Zola o de novelistas rusos como Gorki. Durante los ocho primeros años del siglo ¿cuál fué el escritor chileno que no rindió su necesario tributo al ruralismo del momento? Baldomero Lillo publica los cuentos de «Subterra»; Guillermo Labarca escribe «Al amor de la tierra»; Dublé Urrutia «Del mar a la montaña»; Bórquez Solar rima una ocasional exaltación demagógica en «La floresta de los leones»; Víctor Domingo Silva asegura que, antes que poeta es revolucionario, en «Hacia allá»; Rafael Maluenda imagina sus «Escenas de la vida campesina». Todos ellos hablan del campo, de las minas, de la pampa, de la gleba; de ese pueblo, en fin, que aguarda su hora y que en Santiago comienza a tener un campanario en la revista *Panthesis*.

El sentimiento de las cosas populares era antes imaginado que sentido en Pezoa Velis como el aristocratismo por que solía decidirse otras veces y que el mejor de sus biógrafos, Ernesto Montenegro, reconoce cuando recuerda que el pasatiempo de una inesperada holgura le mueve a soñar con aristocráticas alianzas. Así también mientras exaltaba la simpatía por la tristeza del labriego o iba a sentir el vaho caliente de la miseria en el riñón de la Pampa, pensaba rivalizar con los gomosos de Viña del Mar: «Su ideal de entonces, ha escrito muy acertadamente D'Halmar, era volverse maniquí de salón; usaba guantes *préville*, que se hacía abrochar entre suspiros por sus íntimos; admitía como moneda corriente libros en francés, que se hacía traducir entre bostezos, y tiraba más vanidad de una cuadrilla mecánicamente danzada, que de una inspiración atrevida». ¿Cómo no recordar también cuando, en la relación de su época de vida militar, habla de su aplomo de elegante y de muchacho vicioso?

Nacido en un modesto hogar de la clase media, convivió



ocasionalmente con el pueblo haciendo bien poco por acercarse a él. Y es así como, la mayor parte de sus poemas, con la excepción de tres o cuatro entre lo mejor de su producción, son la obra de un poeta circunstancial, cuyo fondo está inficionado por todas las influencias del momento, desde Gutiérrez Nájera hasta Díaz Mirón y Lugones. Su poesía representa el fin de una época, en la cual se le rindió pleno homenaje a la anécdota: ¡Cuántos que ya repudiaban a Núñez de Arce, porque sólo escribía cuentos rimados, no lograron sino reincidir en lo que tanto le criticaban! Mientras el autor de *Un Idilio* no pasó de ser más que un romántico, que había tenido su hora de byroniana rebeldía juvenil, los que llegaban tras él no hacían sino renovar el eco de la misma cuerda con un pretexto nuevo. A la preocupación de ahora por las cosas del pueblo, había correspondido ese jacobinismo de los «Gritos del combate». Ahora como entonces los veinte años rebeldes de tantos poetas declinaron hasta la burguesía doméstica de los últimos años de don Gaspar. Así, hacia 1905, cuadraba ser tan romántico haciendo el demagogu literario, como medio siglo antes alardeando desprecio por la vida o exaltando la desesperación amorosa. Fué tal fecha el 1830 del nuevo romanticismo: se era anarquista también byronianamente; se leía a Marx y a Kropotkin; se juraba por Zola y por Gorkí; se frecuentaba los centros obreros y, hasta parecía interesante aventurarse en los azares de alguna huelga revolucionaria, ni más ni menos que los románticos del año cuarenta y ocho levantaron en París las barricadas encontrando honroso cualquier Guernesey.

Pezoa Velis, como todos los de su generación, quiso vivir plenamente su hora: cantó el campo, que sólo conocía incidentalmente por alguna excursión de vacaciones; elogió al *roto*, que vió de cerca en sus días de poeta popular, en su rápida excursión a la Pampa o en los muelles de Valparaíso, en las horas que le dejaba libre su empleo municipal de Viña del Mar; le consagró un poemita a la Pampa, es decir, al gañán esforzado que va a arrancarle el salitre a la costra endurecida de las tierras inhospitalarias. Y nada más. El resto de su poesía

es la de cualquier rimador, más o menos vulgar; fácil, suelto, regocijado; ni es fruto del pueblo, nacida al calor del alma popular, ni siquiera puede considerársela como peculiar de la manera de sentir de las clases humildes. En tres de sus poemitas, *Pancho y Tomás*, *Alma Chilena*, *De vuelta de la Pampa* nuestros rotos, fatalistas, intencionados, sin apego a la vida, constituyen el motivo animador. Pero, no se busque en ellos otra cosa que lo que son: tres historias rimadas con cierta facilidad, pobres de lenguaje y perfectamente vulgares. Esa poesía pudo halagar un momento, que ya se fué y está muy lejos: después del lirismo estentóreo, puramente verbal de Pedro Antonio González, supo a cosa nueva esta poesía desgredada, prosódicamente rudimentaria, que algo o mucho tenía de las décimas de Bernardino Guajardo, con quien hubiera podido competir alguna vez en lances de improvisación callejera.

Pezoa Velis comenzó siendo poeta del pueblo, no sólo por la soltura de su verso de improvisación, sino que por su convivencia juvenil con la musa callejera: amigo, camarada, del más difundido de los versificadores populares, Juan Bautista Peralta, al amor de sus veinte años mató muchas hambres llenando esas hojas que, a grito herido, voceaban por las calles los vendedores. Eran las consabidas décimas hiladas en ejercicio de facilidad, que suscribía con un seudónimo ocasional: Juan Mauro Bio-Bío y el ciego Peralta alternaban en ese reinado de manga suelta, que forzaba el tema de algún crimen o de cualquier suceso alarmista. Una tarde de tantas, al margen de cierto celebrado primero de Mayo, con fiesta de arpa y guitarra y en casa de alguna comadre oportuna, los dos poetas solían enredarse en amable duelo de consonantes: mientras Pezoa ajustaba una estrofa, Peralta replicábale por lo divino: «Don Juan Mauro Bío Bío—es el padre de la ciencia—rey de la Jurisprudencia—más gigante que su río».

Sería preciso analizar en Pezoa Velis esos dos aspectos, casi simultáneos, que muestran al poeta concibiendo *San Ignacio*, poeta y confesor, dechado de verbalismo, simple poesía preciosista, y *Alma Chilena*, versos con sabor a improvisación, para



comprender cómo las circunstancias le dictaban las estrofas más diversas: la poesía de juego floral, cadenciosa, pueril, y el verso escrito un poco a la diablo, despeinado, lleno de incidencias populares y de interpelaciones del lenguaje callejero. Mientras en la primera se habla ¡oh imperdonable anacronismo en un rimador del mil novecientos!, de la «volúbil mariposa que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa», en la segunda el verso anda en mangas de camisa recogiendo la jerga plebeya: «Hablaban Austin:—Güeno, ahora—¿por qué hermanos no ayüarla?...» Y es que es preciso no olvidarlo, Pezoa Velis fué, ante todo, un poeta de circunstancias, que cultivaba su labor de rimador como un gerifalte su artificio: a pesar de la soltura que le movía a escribir sus versos ocasionalmente, en la mayor parte de los casos se desvivía por mejorar todos los recursos técnicos del ritmo. Nos ha sido posible revisar todos sus cuadernos de apuntes, conservados por Guillermo Labarca Hubertson, y ellos corroboran la preocupación constante del poeta por ejercitar los elementos prosódicos con una paciencia de escolar aprovechado. Abundan las páginas consagradas a los sinónimos, a la adjetivación, a las clasificaciones de los vocablos, a las figuras retóricas, a las equivalencias y correlaciones de armonía verbal; pero, lo que más le preocupa es la rima, en todas sus variantes, con las cuales llena páginas y páginas y que a veces aparece en los esquemas de sus poesías colocada en los renglones aún no llenos con el contenido del verso:

En el sopor..... ceniza  
se alza un rumor..... rolliza  
ruedan carros..... risa...

Pezoa Velis murió en 1908 dejando una obra incipiente, que los editores no han depurado acaso como se debiera, respetando en obsequio a sus abundantes lectores la totalidad de su mediana producción, perdida antes que Ernesto Montenegro la reuniera en volumen, en las revistas y diarios de la época. De ella vivirán, entre lo mejor suyo que valga para recordarle siem-

pre, los versos de *Nada*, *Una astucia de Manuel Rodríguez*, *Tarde en el Hospital*, *Pancho y Tomás* y acaso *El Pintor Pereza*, desgraciadamente tan poco suyo. Ya hemos advertido que el poeta no fué insensible a las influencias de su época y en una de éstas fué la del Lugones de «Los crepúsculos del jardín». En efecto, ¿cómo no recordar *El solterón*, cuando se piensa en Juan Pereza, tirado como un gran lagarto en su vieja boharda, fumando su cachimba, ni más ni menos que el displicente sujeto lugoniano, que masca su pipa de boj, tendido sobre el sofá, mientras ruedan las horas sin desentumecer su ánimo. Sin embargo, hasta el momento se había desconocido esa influencia como que críticos bien informados como Eduardo Solar Correa, han llegado a decir, al considerar este poemita: «El poeta expresa con originalísimos acentos el cansancio espiritual, el fastidio gris con que la ciudad le agobia».

#### LAS MEMORIAS DE LOS VEINTE AÑOS

Pezoa Velis vivió siempre un poco al azar de las circunstancias, desordenadamente, deseando alcanzar esa situación estable que nunca consiguió cimentar. Le preocupaban el problema del hogar, del matrimonio y de la familia, a él que se dió con tanta frecuencia a una incorregible bohemia. El burgués que dormía en él hubiera querido asesinar al bohemio incorregible consiguiendo alguna estable sinecura, que tanto se esquivó al sueño de sus ambiciones. Cuando, un día, obtuvo el cargo de secretario en el Municipio viñamarino, se apresuró a instalar su rinconcito, el nido del eterno Juan Pereza artista. D'Halmar ha recordado que, al partir de Santiago para su casuca de Margu-Marga, le invitaba con cierta conmovedora satisfacción: «Encontrará allí el baño como usted lo prefiere, junto al cuarto de trabajo, y toda libertad. Sin que lo supieran les he envidiado tanto a todos ustedes los que tenían un hogar, que dénme el gusto de poder ofrecerles por una vez algo que yo creo que se le asemeja».



Y como había vivido, trashumantemente, se fué también, sin alcanzar a poner orden en sus versos para la edición que acarició siempre en sueños y que nunca hizo. Ya, a los veinte años de edad, consignaba en uno de sus cuadernos de Memorias, que ha terminado unos versos «que insertaré en mi libro *Tañidos* que pienso publicar el otro año»; es decir, el primero del nuevo siglo. Luego junta sus artículos, publicados en los diarios y en las revistas, reuniéndolos en cuadernos, en una de cuyas hojas en blanco se lee: «nueve artículos terminados para el libro *Tierra bravia*; crónicas impresionistas, tipos chilenos, prosas románticas, narraciones... lontananzas criollas... paisajes chilenos». Son nueve artículos ocasionales, sin ningún valor, de un periodista suelto, fácil, que hace la crónica amena para un público no muy exigente.

Ni más ni menos importantes que estos artículos son las restantes páginas inéditas que nos han quedado de Pezoa Velis: las Memorias; esa «Vida Militar», crónica de una marcha; algunos poemitas de sus buenos años y otros de adolescencia.

Muy propio de sus veinte años en agraz, años de ilusiones, de un fuerte amor, es el Diario, ingenuo y pueril. He aquí los cuatro cuadernos, colmados con su escritura desigual, escritos día a día, durante dos meses, Noviembre y Diciembre de 1899. ¿Qué puede pensar un muchachuelo, horro de cultura, con vagas y ocasionales lecturas, que no ha salido un momento de su rincón hogareño? Esos apuntes sólo parecen tener un motivo, el que por ese entonces llena vida tan exenta de preocupaciones: el primer amor formal, borroso y hasta equívoco, según lo dejan entender las propias anotaciones memoriales. Un primer amor que traduce la expresión cabal del necesario romanticismo de unos veinte años bohemios, en los cuales apuntan los comienzos literarios. El único nexo de interés, aunque en sí carecen de todo interés, de esos vagos y mal hilvanados recuerdos, consiste en la preocupación amorosa que mueve al futuro poeta en un plano de actividades harto vulgares para conseguir ganar la atención del lector desganado. Si esas Memorias hubieran de ser consideradas como un antecedente de necesarias

promesas literarias, casi hubiera podido anticiparse que tales apuntes, de un mal escolar, ayuno hasta de la indispensable ortografía, no prometían nada, absolutamente nada, para las letras. Acaso, de cuando en cuando, uno que otro rasgo, espigado al azar de tantas páginas, permite fundar el peor de los diagnósticos sobre el temperamento exasperado, irritable, del joven Pezoa Velis. En efecto, un día, mordido por los celos, siente impulsos de sorprender a su novia y «darle tres o cuatro puñaladas». En otra ocasión escribe varias páginas de su Diario que, más entrado en años y acaso dueño del don de ironía, hubiera podido titular, física y metafísica de probabilidades sobre la virginidad, de tal manera discurre acumulando cuanto imagina en torno a un supuesto de específica puerilidad.

En cambio, lo único en que tal Diario hubiera podido tener algún interés, no lo encontramos: el testimonio de un observador atento sobre la vida literaria de ese entonces. Apenas si una que otra referencia incidental, las más de las veces someras y desprovistas de interés: fastidio porque P. P. Figueroa ha escrito un artículo elogioso sobre cierta mala novela de un peor escritor: «un pije fatuo que anda por las imprentas, rogando le publiquen elogios que él mismo redacta»: indignación no contenida al constatar como se corrompe la prensa: «*La Ilustración* de ayer, escribe, publica el retrato de X., un pillo cochino, como doctor filántropo sabio y trabajador. ¡El que debiera estar en la cárcel por ejercer la medicina ilegalmente!». Y la necesaria reflexión, que le mueve a pensar cuando aparecerá un diario en Chile en el que escriban Cabrera Guerra, Bórquez Solar, Dublé Urrutia, «para que hagan añicos a estos infames».

Cierto día asiste al entierro de la madre de un amigo. Desde su carruaje puede observar: «A. de Gery (léase Emilio Rodríguez Mendoza) ha cruzado con el cortejo, moviendo su cabeza y describiendo círculos con el bastoncillo, acaso pensando que dentro de los carruajes irán muchas personas que leen sus articulitos traviosos y elegantes y que lo miran tratando de ver en que facción de su rostro se nota el talento». En una sesión



del Ateneo advierte cierta noche a don Paulino Alfonso, «en una posición tan artísticamente elegante»; otro día le oye leer un trabajo sobre el dolor y la alegría. Al referirse incidentalmente a *La Lira Chilena* y a su editor, recuerda que acaba de morir en Valparaíso Ricardo Fernández Montalva: «excelente poeta, pero muy bueno»; luego no olvida «cuando se representaba su drama *Una mujer de mundo* en el Teatro Municipal. Era aquello un soberbio triunfo. El público lo aplaudía frenéticamente. Fué llamado a la escena y obligado a salir como ocho o nueve veces, ¡Quién sabe que obscuridad rodeará su tumba!».

¿Qué lee, qué escribe, qué piensa por ese entonces el futuro autor de *El pintor Pereza*? Aparte de las obligadas lecturas de los periódicos, para cuya adquisición siempre está afrontando la terrible tragedia de su pobreza («pedí cinco centavos para comprar *Los Lunes*»; «He comprado *El Fígaro* y *La Ley*, con veinte centavos que me prestaron»; piensa en *El Clarín*, que aparecerá al día siguiente: «Vamos a ver con qué plata lo compramos». «Mi padre me proporcionó veinte centavos: con ellos compraré *La Ley*») le sabemos frecuentando libros como los siguientes: «El diablo mundo» («no lo entiendo ni poco ni mucho»); «La profesión de fe del siglo diecinueve», por Eugenio Pelletan («es un librito profundo tal vez en exceso, por lo que me cuesta mucho entender algunos pensamientos»); «Las ruinas de Palmira», de Volney; «La guerra y la paz», de Tolstoy; piensa buscar un ejemplar de Shopenhauer (respetamos la ortografía); y, luego, lee, lee mucho a Becquer, Balmes, Heine, Michelet, Dickens, Gutiérrez Nájera, Maupassant; estudia francés leyendo a Rosseau y, para corroborar que aprovecha las lecciones, dice que ha puesto sus ideas en la punta de *le plume*.

No le faltan proyectos literarios y de ellos dan prueba sus versos, incluidos en los cuadernos del Diario, deplorables, vulgares, versos de escolar remolón con todas las malas influencias de la época, en los cuales exalta la profesión irreligiosa y el alarde demagógico: «¿Existe el más allá? ¿Dios es la mano—que mueve el Universo desde el cielo?—Tal vez... pero ese Dios, es Dios tirano!—¡Aborto miserable de este suelo!» Tam-

bién acaricia la idea de una novela, la novela que todos hemos proyectado a los veinte años: «He pensado mi novela, escribe, que tendrá esta trama: yo principiaré el libro contando que un bohemio dejó olvidado, en una cantina, unas memorias. Las memorias serán bonitas; en un estilo especial; en medio de ella irá intercalada una buena novela psicológica. Tendré que trabajar mucho en ella colocando los pedazos de novela entre los días de las memorias. Para evitar que la interrupción de la novela sea pesada para el lector, procuraré hacer más interesantes las memorias del joven. El fin del bohemio, cuando concluya las memorias, será la filosofía de la vida. El bohemio seré yo». Claro está que, en los personajes restantes, encarnará a sus amigos de entonces y en la heroína a Lorenza, su amor ideal del momento. No faltarán en el libro la necesaria noche de luna, el seductor infame e infamador, la mujer engañada, la serenata de Schubert, los versos de Gutiérrez Nájera. Se titulará «Intimidades de un loco joven».

¡Deliciosas memorias las del futuro poeta! Todo en ella es pueril hasta la tontería: ni un rasgo, ni un arranque, ni una reflexión que denuncie la inteligencia o la delicada sensibilidad de un escritor en ciernes. Una que otra idea vaga y vulgar, perdida en las doscientas cincuenta páginas de los cuadernos: «la luna se levanta perezosamente en el oriente. La noche es bellísima, como la imaginación de un poeta joven»; «el criterio es esclavo de las circunstancias»; «parece que mi carácter remarcará su obra con un soberano balazo en las sienas». «¡Ah buitre salvaje! ¡Ah, destino!»; «la naturaleza me insultaba con su esplendor primaveral»; «la riqueza, incluso la del talento, corrompe nuestros corazones».

#### OTRO INÉDITO

Asociamos la lectura de este cuaderno, apretado de revesada escritura, que consigna la crónica de una marcha y que su autor tituló pomposamente «Vida Militar», a cierto *venticello* que co-



menzó a difundir una torpe calumnia literaria: un conocido novelista chileno habría conocido y usurpado estos apuntes para una obra que cuenta entre la mejor de nuestra literatura. Nada tan injusto y arbitrario: los borradores de Pezoa Velis carecen del más mediano valor y apenas si se nos ocurren los ensayos de un principiante ayuno de letras.

Como lo indica el subtítulo, se trata de una simple relación de una marcha y, aunque fué escrita en 1903, es decir cinco años después de cumplir con sus obligaciones en el servicio militar, la crónica parece perjeñada sobre lo inmediatamente vivido, en aquellos años de singular actividad bélica, cuando la amenaza de una guerra alcanzó a golpear en todas las puertas.

¿Quiso ser una novela o un modesto diario? Carece de todo interés y su animación apenas si mueve la perezosa atención del lector, que se desespera con la letra infantil del manuscrito, a través de las cuarenta páginas, en las que no ocurre nada.

En la portada interior del cuaderno se lee: «toda la campaña se mantendrá alrededor del pobre Valdovinos». ¿Quién es tal personaje? Uno de los compañeros, vale decir uno de los soldados, que forman en su regimiento; una especie de Pantagruel, obeso, bonachón; el hazme reír de la compañía. «El tono desabrido de sus ojos chicos, escribe Pezoa Velis, sus bigotes groseros de hombre descuidado, su cortedad de joven pobre, sin más roce social que el de sus amigos de colegio, el aniquilamiento de su persona ante el desgarrado desplante de nosotros, jóvenes todos que además de nuestro aplomo de elegantes tenemos el irresistible aplomo de los muchachos viciosos».

Una simple marcha hasta cierta estancia situada en los alrededores de San Bernardo. El apetito alerta indica oportunamente la hora de hacer alto. El rancho sabe a gloria. He aquí al Estado Mayor que les pasa revista. Llega el general Körner: «Todos permanecen indiferentes a su simpática bondad de hombronazo infantil y a su cortejo bullicioso de ayudantes flacos».

Las condiciones del novelista, como animador del ambiente que le rodea, son pobres en toda clase de recursos. Escribe con frialdad y desaliño: «A las doce del día caminamos a dos

leguas de San Bernardo. El sol cae con cierto encono sobre el camino pintarrajeado con los uniformes de brin blanco y las mochilas que juntan sus espejeos al de nuestros rifles y yataganes. Caminamos estúpidamente observando los caprichosos dibujos de la tierra pisada para olvidar el cansancio. Al lado nuestro van quedando las huertas campestres, los potreros desolados y los modorrientos bueyes que rumian en perezosas posturas. De cuando en cuando pasan bandadas de pájaros campesinos con rumbo desconocido».

Al declinar la tarde se reanuda la caminata. El regimiento vuelve a Santiago. La marcha es pesada, recia. En vano aguardan los soldados que el capitán ordene cambiar de hombros el rifle: «Cada uno se aferra a la desesperación mientras élla más se aferra a nosotros. Cada uno lleva una idea fija en la imaginación. Este que va al lado mío dice continuamente: seiscientos, seiscientos, seiscientos... Recuerdo que en el camino oí ese número en boca de un chico que hablaba de la dotación del batallón. El aspirante oyó el número cuando el cansancio lo idiotizaba y se pegó el vocablo. Y lo repetía una y otra vez como si hablara con alguien. Otro infeliz contaba sus pasos: 801, 802, 803, 4, 5...»

El batallón deja atrás el Llano Subercaseaux, la calle San Diego, la de la Bandera, pasa el río, sigue por la de la Independencia y va a acampar fuera de Santiago, en el fundo Lo Negrete.

¿Qué piensan todos esos soldados, aspirantes a más altos grados en el ejército? ¿O es que sólo ocupa su imaginación ese mecanismo subconsciente de las ideas fijas, que imponen las marchas monótonas? Por lo menos el voluntario Pezoa Velis cavila algo más serio: «Ya no es el comandante el aborrecido. Es todo ese conjunto de cosas crueles que parece formarse de la obediencia militar la ideal concepción de la patria sintetizada en la mujer rubia, la fuerza de pesantes que acumula el equipo sobre nuestras espaldas, el peligro de la guerra cercana, el suelo nativo, todo eso que obliga la improvisación de los ejércitos con carnes de pobres diablos». Ahora la idea fija de la marcha



y el cansancio, han despertado la rebelión en el soldado, porque no sólo lanza su exasperada protesta contra la máquina humana que hace la guerra, sino contra cuantos disfrutan de la vida y sienten sus estragos desde lejos: es una injusticia que los hombres sólo vayan a la guerra; las mujeres debieran ir también y los viejos que tienen familia, bienes, posición, dinero.

La tropa finaliza su marcha mientras encienden la imaginación del soldado las sensaciones más opuestas o mientras, en el desvarío de la fatiga, la pantera de la sensualidad le hostiga con sus acechanzas. Transcurre la noche en el vivac, poblada de los indefinibles rumores del silencio y, al despuntar la mañana por el oriente, canta la necesaria nota bucólica, la pincelada del típico paisaje rural: «Es una mañana de bastante sol esta que sorprenden los aspirantes sobre el desabrimiento de los campos. Los árboles enflaquecidos por la desnudez de sus troncos hacen ademanes angustiosos en el recogimiento de la soledad. Una inmensa sábana de luz se extiende por las campañas. Cierta alegría rejuveneciente invade los ramajes añosos, los potreros húmedos aún, los cerros fantasmagóricos por donde vagabundean pájaros alicaídos que parecen mirar de soslayo las profundidades y los piques».

Y, con la mañana, el ejército regresa a su cuartel, rendido, satisfecho con el primer ensayo de vida en campaña, que ha de ser como el anticipo que le espera para la guerra que ha de venir.

Tal es el relato de esta crónica militar, sin importancia, perfectamente insignificante, desprovista de todo valor artístico. Nada se ha perdido ni nada se ha de perder con que se conserve inédita, para mayor edificación de cuantos admiran a Pezoa Velis sin reservas de ninguna especie.